

la menor duda. Esto mismo le mostró el Señor à la Beata Agueda de la Cruz, Monja Dominicana, (*Haut. n. 949.*) con tanta expresion en la Hostia toda la Trinidad Santissima, que decia, y afirmaba, que ella no lo creia yá, sino que lo veía.

Mas de aqui me opondrán una buena duda que se sigue; y es, que si en la Hostia está el Cuerpo, la Sangre, el Alma, y la Divinidad de nuestro Redentor, para qué luego se consagra de nuevo el Caliz, si eso mismo es lo que se pone debaxo de las especies del Vino? Si tanto está en la Hostia como en el Caliz, para qué son dos distintas Consagraciones? Buena pregunta. Por dos razones: una de parte del Sacramento; otra de parte del Sacrificio: de parte del Sacramento, porque queriendonoslo instituir el Señor en forma de convite, por eso quiso que fuese en comida, y en bebida, que uno, y otro es menester para un convite: otra de parte del Sacrificio, porque siendo éste una representacion, un retrato de aquel Sacrificio sangriento, que ofreció el Señor por nuestra vida en la Cruz; si allí derramó, y vertió toda su Sangre, quiso por eso, que aquella separacion se representara aqui, poniendo por virtud de las palabras solo el Cuerpo, y por virtud de las palabras en el Caliz la Sangre sola. Y he aqui, por qué siendo lo mismo que está en la Hostia lo que se pone en el Caliz, con todo eso se repite la Consagracion, para repetir así el Sacrificio de la Cruz. La Beata Isábel Escobariense, oyendo un dia Misa, despues de la Consagracion, al poner el Sacerdote la Hostia sobre el Caliz, vió, que no quedando en el Caliz una gota sola, en la Hostia estaba nuestra Vida Christo Crucificado, y viendo luego correr de su Cuerpo rios de Sangre, quedandose el Cuerpo como antes lo miraba en la Hostia, aquella Sangre que caía, rebosaba en el Caliz. Así le mostró el Señor, como en este incruento Sacrificio se representa al vivo el de la Cruz.

Y yá si así toda la Divinidad la tenemos en este Sacramento: ¿qué se sigue à la veneracion, al culto, à la adoracion que le debemos? *Nullus dubitandi locus relinquitur*, que no queda, ni la menor duda, (dice el S. Concil. de Trent. *sess. 13. c. 5.*) sino que con aquella misma adoracion de *Latria*, que en el Cielo rinden los Angeles à la Beatifica Trinidad, esa misma le debemos nosotros rendir con toda el alma en este SS. Sacramento. ¿Dónde está todo el amor, si aqui no se emplea? Dónde toda la devocion, si aqui no se fervoriza? Dónde todos los obsequios rendidos, si en este Dios Sacramentado no se logran? Pondera bien el gran Escoto, (*in 4. diff. 8. q. 1.*) digno Príncipe de su Escuela, que toda la devocion, todo el fervor de la Iglesia, parece que mira como à su fin, busca como à su centro à este Sacramento SS. *Quasi omnis devotio in Ecclesia est in ordine ad hoc Sacramentum.* Los Templos, los Altares, los Sacerdotes, las funciones, las fiestas, todos los demás Sacramentos con admirable armonia, como los inferiores Planetas, son todos en orden à este Divino Sol que los ilumina, ni discuerda

S. Th. (*3. p. q. 65. art. 3.*) que en este Sacramento mira epilogada la virtud de todo lo Sagrado: *Ferè omnia Sacramenta in Eucharistia consumantur.*

A esto, pues, sale el Jueves por esas Calles triunfante nuestro Dios à robar corazones, à avasallar los afectos de las almas, à que con una singular, y rara significacion le mostremos nuestro agradecimiento, dice el Concilio Trid. singular, y raro. ¡Oh, cuánto para serlo, pide de fineza, de amor, de ternuras, de devocion, de humilde reverencia! Oh, si retratáramos la fiesta del Corpus, que celebran en el Cielo los Angeles! Mostróselo el Señor muchas veces à la Venerable Virgen D. Marina de Escobar; vealo el curioso en su Vida, donde hallará motivos de gran fervor à la piedad, y de grande regocijo al corazon en esta fiesta.

Entre otras, refiere el Veneable P. Luis de la Puente, su Confesor, en el Libro segundo de su Vida, cap. 28. que el año de 1622. los Angeles que le asistían, lievaron en espiritu al Cielo à la Venerable Marina, y me presentaron, dice ella, delante de Dios N. S. Trino, y Uno, donde su Divina Magestad me hizo merced de mostrarme con gran luz el Mysterio de la Santissima Trinidad, y enmedio de aquel pecho Divino ví el Mysterio del Santissimo Sacramento del Altar: de ahí à un rato ví al Archangel San Miguel, vestido de una rica vestidura de gloria, tenia en la mano una vándera de los mismos colores, y por remate una Cruz de riquísimo oro, y en ella dibujada una Hostia, figura de este Divino Sacramento, y parecia que estaba en ella el Señor. De esta suerte el Santo Archangel, acompañado de gran número de Angeles vestidos de la misma librea, y cantando dulcemente, (*¡oh, qué Procecion, si la vieramos!*) daban una vuelta en contorno de toda aquella Patria Celestial, y por el camino, à un lado, y à otro havia hileras de Angeles postrados en el suelo de aquel Cielo, que con gran humildad adoraban à aquel Señor, y con la vándera del Santo Archangel iba tocando à los Angeles de un lado, y del otro. En acabando esta Procecion, S. Miguel, se llegó delante de la Beatissima Trinidad, y allí abatió la hasta de la vándera delante de la Magestad de Dios, y oró diciendo: Suplicote Dios, y Señor nuestro, Dios de grande Magestad, en nombre de todos los Espiritus Celestiales, nos haga merced de conservar, y aumentar en tu Santa Iglesia, y en tus Fieles la devocion, y veneracion de este Divino Sacramento. Y el Señor con apacibilidad grande respondió, que havia oído sus oraciones, y dió muestra de que se haría, y echóles su bendiccion. Oh! y las eche sobre nosotros, para que con fervor del alma acompañemos à los Angeles en nuestras veneraciones rendidas à este Divinissimo Sacramento. Oh, Archangel Soberano S. Miguel, no ceses en tus ruegos, para que lloviendonos del Cielo llamas de amor divino, llevandonos tú el Estandarte, sigamos la procecion en esta vida, de modo, que vamos à celebrar en tu compañía tan regocijada fiesta en la Gloria.



PLATICA VII.

DE LOS ADMIRABLES EFECTOS del Santissimo Sacramento de la Eucharistia.

A 20. de Junio de 1694.

¿Dónde mas prodigioso el Nihilo, en lo escondido de sus manantiales, ò en lo patente de sus avenidas? Tan escondido antes, que burlando à la curiosidad todas sus diligencias, jamás pudo averiguarle su principio; tan patente luego, que llenando aun à los codiciosos deseos sus ansias, son estrechos margenes de su causa las mas dilatadas llanuras del Egipto; y todo para qué? Para que lo que ocultó tan recatado en su principio, lo vierta luego en raudales de beneficios, alegría de los hombres, vigor de las plantas, fecunda vida de la tierra, que trayendo en avenidas las cosechas, hace que solo en Egipto no atiendan los Labradores al Cielo, quando en las aguas de su rio gozan mejorados à la abundancia, à la salud, à la fecundidad los influxos. Y entonces, quando en dicho naufragio inundadas de sus aguas las Ciudades, se anegan mas en regocijos, porque quanto mas les esconde la tierra, les descubre mas la felicidad: *Majorque est letitia gentibus* (dixo Seneca) *quò minus terrarum suarum vident.* Así? Pues por escondido, y por patente es igualmente prodigioso; escondase primero en su origen à su mayor estimacion, el que solo se quiere manifestar en avenidas de beneficios; digan quienes son sus efectos, y ocultese su cuna, para que solo lo publiquen por grandes sus favores, quando así esconde la tierra toda para mostrarse Cielo; corriente espejo, que en sus aguas mejor nos retrata aquel inmenso Rio, que teniendo en el escondido seno de Dios su principio, derribando desde allí sus corrientes todas por el cauce del mas Divino Sacramento, si en siete bocas, como el Nilo, reparte de los raudales de su gracia los beneficios, todas en avenida dichosa se juntan en este Soberano Sacramento: *Flumen Dei repletum est aquis, parasti cibum illorum.* Y todas desde este Sacramento se reparten en raudales de abundantes frutos: *A mensa hac* (dixo la boca de oro del Chrysoft.) *prodit fons, qui fluvio spirituales diffundit.* A este, pues, Divino Nilo no intente vana curiosidad averiguarle su origen, escudriñar sus Mysterios, explorar el admirable modo de sus infinitos milagros. Adorelo la Fé escondida, pues que yá por sus efectos se nos dá à conocer, por sus beneficios se nos descubre, por nuestro provecho se nos manifiesta: *Fide creditur, & utilitate sentitur*, dixo S. Basil. Lo que la Fé ciega confiesa, el provecho mismo lo siente, los efectos dicen bien claro al alma lo que occultan los Mysterios. A la manera que un ciego puesto al Sol, aunque no lo vé, el calor le avisa lo que en los rayos no mira. Yá,

pues, que en este Divino fecundo Nilo hemos hasta aqui adorado solo sus escondidos Mysterios, yá mejor se nos dá à conocer por sus admirables efectos.

Mas para expresarlos todos, solo pudieran juntos decir como los han sentido los Bienaventurados aquellas almas dichosas, que en tan subidos sentimientos hallaron en este Pan Divino todos los bienes, todas las gracias, todas las virtudes, aquellas, que yá en el rostro de Dios conocen quantas por este Sacramento fueron sus ventajas, sus luces, sus elevaciones. Mas para hablar solo de los efectos mas principales, que causa en el alma este Soberano Sacramento, su Magestad misma nos dió la norma quando así nos lo instituyó en comida, y en bebida, dá la razon al punto con el Concilio Florentino el Angelico Dr. S. Thomás: *Omne effectum* (dice) *quem cibus, & potus materialis facit quantum ad vitam corporalem, quod scilicet, sustentat, auget reparat, & delectat, hoc tantum facit hoc Sacramentum quantum ad vitam spiritualement.* Qué efectos hace en el cuerpo la comida? Lo sustenta, lo aumenta, lo repara, y lo deleyta. Esos, pues, mejor en el alma son los efectos de esta Divina Comida: mas para hacerlos primero, qué es menester? Que el manjar se una de modo al cuerpo, que se haga con él una cosa misma. Tanto en lo material hace la nutricion, que manjares tan diversos convertidos en carne, y en sangre los que antes eran tan distintos, son yá nuestro mismo cuerpo; los que antes eran manjares muertos, yá quedan animados, y vivificados con nuestra misma vida. Este es, pues, el primero, el principalísimo efecto, que en el alma, que dignamente lo recibe, hace aquel Pan Sacramentado, convertir como manjar vivo al alma en sí mismo, no convertirse él en el alma, sino convertir al alma en el mismo Dios: *Nec tu me mutavis in te, sed tu mutaveris id me*, que dixo el grande Agustino. Y si hay fé, si hay agradecimiento, si hay consideracion, qué mudanza es esta tan estupenda del barro de la miseria, de la nada, à toda una Divinidad? Qué union es esta tan admirable del hombre con Dios, no en el alma solo, sino en el cuerpo, que no hallan voces con que ponderarla todos los Santos Padres? Que unidad, que nos hace concorporeos de Christo, consanguineos del Hijo de Maria, Deificos, y Deiformes? voces todas, que quanto pasman al entendimiento, aun al considerarlo, infinitamente mas elevan, y subliman à una alma al conseguirlo.

¿Dexa esta union al alma con Christo, cómo? Como si à una cera derretida se le mezcla otra cera, dice S. Cyrilo: como la levadura queda incorporada en todo el Pan, dice el Niseno, (*Orat. catech. 37.*) como una gota de agua queda en el vino confusa, y anegada, dice S. Pafchaasio, (*c. 12. de Corp. & Sang. Domini.*) como el hierro embestido del fuego, que respladece, luce, y quema, dice S. Damasceno, (*lib. de Fid. c. 14.*) como el vastago, que ingerto en el frutal se anima de jugo, se une à su tronco, y lleva su fruto, dice S. Th. (*Op. de Sac. c. 20.*) como el brazo en fin unido à la cabeza, forma con ella un cuerpo,

de 1000 pag
de 1
esta materia es ordinaria à la vida
de los espíritus no tiene ordinacion
ninguna, pero sí en ella se profanant
de

II

dice S. Pablo. ¿Quién no se pasma al oír las que parecen ponderaciones, y son puras verdades de Fé? que así quede el alma del que comulga con union real, union verdadera unida con el mismo Dios? *Nec fide solum, sed re ipsa*, que dixo el Chrysofomo. (*Hom. 83. in Mat.*) Ese es, pues, el primero, el principalísimo efecto de este Sacramento en el alma, que dignamente le recibe; ese es el efecto primario de esta Divina Comida, unir. Mas dice el Concilio Florentino: aunar, hacer una el alma en Christo: *Effectus hujus Sacramenti est adunatio hominis ad Christum.*

Acababa una vez de comulgar Santa Matildis, y apareciendole el Señor, le pareció, que sacandole su corazón, y derritiendolo, lo echó el Señor en el suyo; de modo, que de ambos corazones quedó hecho un solo corazón. Y de este modo, le dixo el Señor, de este modo deseo yo que todos los corazones de los hombres se hagan uno con el mio. Mas, ¡oh, Señor! que si para eso se han de derretir primero los corazones, qué harán corazones de piedra, corazones duros, corazones empedernidos?

¿Qué favor es este, almas, a que así tan rebeldes nos resistimos? ¿Qué fineza es esta de Dios? Si a una persona de las que están presentes, y me oyen, a ella sola, digo, la levantáran los Angeles siete veces al día a oír la música de los Cielos como a Santa Maria Magdalena: si le imprimiera N. Redentor sus llagas como a S. Francisco: si le rociara los labios con la leche de los virginales pechos como a S. Bernardo: si la regalara con la preciosa Sangre de su mismo costado como a S. Lugardis; si a una sola persona hiciera todos estos favores, y todos quantos de este genero ha hecho Dios a tantos Santos, valgame Dios! qué asombros, qué admiraciones, qué pasmos nos causara! Pues mira alma, mira hombre, mira muger, mira pobre esclavita, mira esclavo desechado, que mayores favores te hace Dios, que todos estos quando dignamente comulgas. ¿Mayores? Sí: mas que si te imprimiera sus llagas, mas que si te concediera chupar los mismos virginales pechos de Maria, mas que si aplicara tus labios a su costado mismo. Mas, mas quanto es infinito mas, quedar uno, quedar unido, quedar transformado en el mismo Dios. ¡Oh, si lo pensáramos! como abysmado el entendimiento levantara volcanes de amor nuestra voluntad!

Mas unido así este manjar Divino se queda en esto solo? No, que como en el manjar del cuerpo, mejor en este del alma se vánt figuiendo por efectos los indecibles provechos: *Sustentat, auget*. Sustenta la vida del alma con la gracia, con la gracia la aumenta, y la hace crecer. Todos los Sacramentos dán la gracia; pero éste con excesos indecibles la aumenta, como el que contiene es sí toda la gracia, y la fuente misma de la gracia. Al no comer el cuerpo, qué se figue? El desmayo, la flaqueza, la caída, y aun la muerte. Eso, pues, es lo que estorva la comida, dando vigor, dando aliento, por eso, pues, decimos que sustenta. Así, pues, este Pan Divino, dándole al alma el mejor vigor de la gra-

cia, es el que le sustenta la vida: que sin este alimento Divino, le faltara, o se desflaqueciera de modo, que se acercara a la muerte. Los animalillos, que no tienen sangre, dice Arist. (*de Long. Vit. c. 3.*) que son de cortísima vida, y con todo eso la abeja vive aun mas que otros que tienen sangre. ¿Por qué será? Porque se sustenta, dice el Filósofo, de un manjar tan saludable como es la miel, ésta la suple el defecto de humedo, y de calido, que en la sangre le falta, y así le mantiene la vida. ¿Quánto mejor, pues, aquella miel, que contiene del Cielo las dulzuras mantendrá la vida del alma? Ni la mantiene solo, sino la aumenta, *auget*, haciendola crecer repetidos auxilios, ya en la Fé, ya en la Esperanza, ya en la Caridad, y ya en todas las perfecciones, y virtudes; tanto que afirmaba de su experiencia sin duda Santa Magdalena de Pazzis, que una sola Comunión bien hecha bastaba para hacer una alma santa.

Mas como no cesando el calor natural siempre de consumir, en lo mismo con que sirve a la vida tira a la destruccion, por eso el corporal alimento sirve tambien de reparar sus quiebras, de restaurar sus daños, *reparat*. Y así, mejor este Manjar Divino repara en el alma las quiebras como sustento, cura los daños como medicina, y preserva de los venideros achaques como antidoto; quiero decir, que limpia el alma de las culpas veniales que la asean, y que la enferman, la purifica de las imperfecciones. Y aun dice mas, atiendanme los pusilanimes, dice S. Th. (*3. p. q. 79. art. 3.*) con el Común de los Theólogos, (*Suar. ibi a p. 73. sect. 2.*) que quando una alma, habiendo cometido una culpa mortal, no se acuerda de ella, o no la conoce, que no le acusa su conciencia, y que con buena fé arrepentida, aunque sea solo con atricion, se llega a recibir este Divino Sacramento, en este caso la limpia del pecado, le dá la gracia. ¡Oh, almas vanamente inquietas, por vanamente temerosas! Que me parece, que no me he confesado bien, que no me explico, que no estoy bien dispuesta! Si hecha la prudente diligencia, la conciencia no acusa, ¿para qué son inquietudes tan inútiles, con que solo tira el demonio a privaros de este Sacramento? Mirad, mirad; semejantes inquietudes padecia una alma tan pura como S. Gertrudis, (*lib. 4. in fin. c. 18.*) oíd el suceso. En una fiesta de la Santísima Virgen, arrebatada en espíritu, recibiendo grandes favores de la Sra. y de otros Santos, ella, encogida dentro de sí, mirando sus imperfecciones, y negligencias, pareciale, que siendo del todo indigna, no podia corresponder a aquellos favores. Y el Señor entonces, mirandola benigno, y vuelto a su Madre, y a los demás Santos: no os parece, les dixo, que yo he enmendado bastantemente para vosotros los defectos de esta alma, quando ella me recibió en mi Sacramento? Y mucho mas que bastantemente están enmendados, respondieron todos. ¿Te basta Gertrudis? le dixo el Señor; y ella: si me bastará, Señor, sino solo las pasadas negligencias, sino tambien me quitarás las venideras, pues conozco mi fragilidad en caer. Pues

yo, le dixo su Magestad, de tal modo te me daré, que no solo las pasadas, pero aun las venideras imperfecciones te quite: y quedó alentada con esto. Así con esto se alentáran tambien muchas almas, que deseosas de los agrados de Dios, en sus inútiles temores se ponen a sí mismas sus peligros.

Así, pues, como el Arca del Testamento al pasar el Jordán, detenidas las unas aguas, dexó correr las otras al mar muerto; así tambien este manjar del Cielo, no solo limpia, borra, y quita del alma las pasadas culpas, sino que para las venideras, sirviendo de saludable antidoto, fortalece, y preserva, o ya amedrentando, y desterrando con su presencia al demonio, para que no logre los tiros de sus tentaciones: *Parasti in conspectu meo mensam adversus eos, qui tribulant me.* (*Ps. 22.*) haciendonos con aquel Pan Divino terribles, y espantosos a los demonios, dice San Chrysofomo: *Ab, illa mensa recedamus facti diabolo terribiles!* o ya mitigando con su divino rocío de la irascible las perturbaciones, de la concupiscible los ardores, de el fomite de nuestra carne las llamas. Aquel, que a los tres niños del horno de Babylonia les convirtió en suave maréa sus incendios, en jardin apacible sus llamas, cómo no templará de nuestra carne todos los perversos ardores? Diganlo experimentados los que por su dicha frecuentan este Santísimo Sacramento. Si alguno vé templada su ira, dice San Bernardo, sofegada la envidia, dormida la lascivia: *Gratias agat corpori, & sanguini Dñi.* (*Fer. 1. in Cæn. Dñi.*) de las gracias, y logre las frecuencias de este Divino Sacramento. El ciervo jamás padece calentura, y por esto dice Plinio, que acostumbra en Roma algunas mugeres a comer todos los dias de su carne, se libraron por muchos años de padecer fiebre: *Quasdam, nos principes feminas scimus, omnibus diebus carnem cervi degustare solitas, longo ævo caruisse febribus.* (*Lib. 18. c. 32.*) Denle a esto el crédito que quisieren, mas yo sé del todo cierto, que comiendo de las carnes de aquel mejor cervatillo de los campos, nos libraremos de las fiebres de todas las pasiones. De un Mancebo refiere nuestro Paulo Berri, (*Trat. 6.*) que viendose gravísimamente tentado de la luxuria, despues de varios medios, por consejo de su Confesor huvo de casarse; y si bien se mitigó aquella pasión, pero padeció en el matrimonio grandísimos trabajos. Enviudó, y volvió su batalla en la lascivia, hasta que un Confesor le aconsejó, que frecuentara este Santísimo Sacramento. Fue lo haciendo, y sintiendo en sí tal quietud, tal sosiego, tanta paz del alma, que suspirando, decia: Ah, para qué yo me casé nunca! cómo no hallé en mi primer batalla quien me aconsejara esta divina frecuencia! Ah, si desde aquel tiempo hubiera yo encontrado un Confesor que me hubiera dicho lo que éste, ni yo hubiera perdido tanto tiempo, y fuera yo hoy quizá compañero de los Angeles! Pero aquello sin duda le convino a él, como a nosotros todos este aviso, que para todas las tentaciones, sean las que fue-

ren, no hay remedio como frecuentar este Divino Sacramento, que así fortalece, y repara, *reparat*.

Por último, segun la disposicion deleyta, y llena el alma de dulzuras. Tarde llego a este efecto, que con tantos excesos han gozado innumerables almas, Manná escondido, que teniendo en sí los sabores todos, solo lo puede conocer quien lo gustá: *Quod nemo, nisi qui accipit*; y todo para dar al alma por el último efecto la eterna vida de la bienaventuranza: *Qui manducat hunc panem, vivet in æternum*. Allá nos encaminan todos los demás Sacramentos con la gracia que dán; pero éste les dá a los que dignamente le reciben especial gracia, y particulares auxilios para la final perseverancia, en que está la eterna dicha de la Gloria. Refiere Jacobo de Voragine, (*Serm. de Euch.*) que el grave, y antiguo Padre San Hilario, tenia entre otras, una doncellita de gran virtud, hija fuya de confesion; comulgaba a menudo, y alentabala el Santo, diciendola, que le tenia un Esposo castísimo, y Santísimo, en cuya compañía se havia de alentar mucho en las virtudes. Alababásele tanto, que ella ansiosa, deseaba conocerlo, y a sus instancias le dixo un dia, que se preparase con gran diligencia para comulgar; y luego se lo mostraria. Prevínose la santa doncella con una sencillez de paloma; llegó al Altar, mostróle el Santo Prelado aquel Santísimo Sacramento, diciendole: Hija, este es tu Esposo, y con éste se ha da unir intimamente tu alma, sin tener ya voluntad, ni afición a cosa alguna de la tierra. Quedó ella arrebatada al oír esto en ansias de su amor. Y vuelta luego, acabando de recibir aquel Divino Pan, allí en la misma Iglesia con una suavidad, y dulzura inefable dió su espíritu a su Criador, subiendo al talamo de la Gloria, y oyóse en todo el Templo una música suavísima, que mostró bien como el Cielo celebraba sus bodas. Y si este es el fin adonde nos lleva tan Divino Sacramento, oh, y sepamos lograr sus frutos, de modo, que los coronen los eternos gozos de la Gloria.

PLATICA VIII.

DE QUE PROVENGA QUE NO
logren muchas almas todos los admirables efectos de la Divina
Eucaristia.

A 27. de Junio de 1694.

LA admiracion, hija de la ignorancia, es madre tambien de que nace la sabiduría, por que de lo que por ignorarlo se admira, se sigue con mas curiosidad averiguarlo, y de su averiguacion se logra su noticia: *Propter admirari*